

Los realismos en la gobernación de Popayán

Esclavos e indígenas realistas en la Era de la Revolución. Reforma, revolución y realismo en los Andes septentrionales, 1780-1825

MARCELA ECHEVERRI

Banco de la República / Universidad de los Andes, Bogotá, 2018, 244 pp.

LOS ESTUDIOS del proceso revolucionario del mundo atlántico que dieron nacimiento a los Estados republicanos en el siglo XIX han cobrado un renovado interés en la disciplina histórica en las últimas tres décadas y aún no muestran síntomas de agotamiento. Todo lo contrario, de la mano de propuestas como la llamada nueva historia política, o el giro cultural y el lingüístico, entre otras, han renovado un tema que tuvo sus inicios en los planteamientos seminales, y poco comprendidos en su momento, de Robert R. Palmer.

En esta perspectiva se inscribe *Esclavos e indígenas realistas en la Era de la Revolución. Reforma, revolución y realismo en los Andes septentrionales, 1780-1825*, el trabajo de Marcela Echeverri, que tiene como objetivo incluir en la narrativa de la Independencia de la gobernación de Popayán a los sectores realistas, cuestionando de paso los esquemas teleológicos de la “Era de la Revolución” que consideraron dichas opciones como retrógradas. Por el contrario, la autora sostiene que su elección por parte de los indios de Pasto y afrodescendientes del Pacífico no fue una iniciativa ingenua ni conservadora, sino política, porque los beneficiaba.

Estamos por lo tanto frente a un libro novedoso. Primero, por estudiar el sentido del realismo popular y entender las razones que tuvieron las comunidades indígenas al sur de la gobernación y los esclavos de la costa del Pacífico para alinderarse a favor del rey. Su novedad frente a otros trabajos radica en situar su lucha en los planos cotidianos a través de una cultura política colonial que modeló las identidades de estos estamentos populares, a partir del acceso, uso e

interpretación de la ley, construyendo un vínculo con el monarca como dispensador de protección y justicia. Segundo, por mostrar que el realismo fue heterogéneo y cambiante de acuerdo con las circunstancias y eventos políticos. Tercero, por situar el suroccidente en un espacio geopolítico macro, con un bloque realista que comprometía desde el Perú hasta Panamá, liderado por el virrey Abascal desde Lima, cuestionando de paso el aislamiento de la región —justificación tradicionalmente usada por diversos autores regionales para explicar la base material del realismo de Pasto— y señalando la necesidad de romper los marcos nacionales para estudiar ciertos procesos políticos. Y cuarto, por el enfoque subalterno, al estudiar cuidadosamente quiénes eran estos realistas, e intentar con los pocos registros documentales darle rostro a esta multitud, distanciándose así de aquellas interpretaciones manidas que los consideran ingenuos, presa de demagogos, sin claridad de por qué luchaban, otorgándoles un contenido político a sus acciones armadas.

El libro está constituido por seis capítulos, más la introducción y conclusiones. Para describir la cultura política de los subalternos, la autora utiliza casos judiciales que le permiten identificar la manera como dichos estamentos sociales usaron e interpretaron la ley para su propio interés y beneficio. En tales procesos, evidencia la negociación con las autoridades judiciales y sus mediadores (caciques, protectores de naturales, capitanes de minas, entre otros), una práctica cotidiana que le posibilita explicar las razones por las cuales las comunidades indígenas de Pasto y las cuadrillas afrodescendientes esclavizadas del Pacífico se alindaron a favor de la monarquía, frente a los eventos revolucionarios iniciados en 1808. Dicha cultura política fue puesta en escena cuando los funcionarios coloniales incitaron a los indígenas y a los negros esclavos a defender al rey Fernando VII, los primeros buscando ser eximidos del pago del tributo e incluso de ciertas contribuciones eclesiásticas, y los segundos ante la promesa de libertad. En otras palabras, los sectores subalternos buscaron en la coyuntura obtener beneficios de su clase. De ahí que su posición en el conflicto no se deba leer como

ingenua o reaccionaria, más cuando la insurgencia criolla en la primera etapa del movimiento revolucionario tuvo poco interés en incorporar sus esclavos al ejército, pues veía en esta acción un riesgo para el orden social al armar a los subalternos de las áreas costeras.

La autora, a lo largo del texto, deja claro cómo este realismo popular fue heterogéneo y cambiante. Un hecho al que vuelve en la última parte del libro cuando estudia la resistencia realista antirrepublicana de Pasto y el andén sur del Pacífico, después de la capitulación firmada por Pasto el 6 de junio de 1822. La tesis sostenida es que para esta fase del conflicto el realismo había mutado. Primero, porque su liderazgo pasó de los grupos notables a los sectores subalternos, siendo su principal exponente Agustín Agualongo, un mestizo que la historiografía decimonónica y de las academias racializó como indio; bajo esta categoría esencializada por dichas historiografías se le consideró un ser ignorante, bárbaro y fanático, sujeto a los caprichos del clero, para restarle de esta forma componente político a su accionar y a sus seguidores. Segundo, porque se dio una coalición multiétnica en la que participaron indígenas del sur de la gobernación, así como afros de la costa del Pacífico y del valle del Patía. Dicha resistencia fue política pues los indígenas buscaban abolir el tributo y defender las tierras comunales de las innovaciones que desde 1821 promovía la República, como la división de los resguardos y los afros por defender su libertad de facto y explotar de manera autónoma los placeres mineros.

En resumen, el libro de Marcela Echeverri recoge una de las propuestas del recientemente fallecido historiador español Josep Fontana, quien señalaba la necesidad de estudiar a los vencidos, los que tuvieron proyectos sociopolíticos que no cristalizaron y cuyas voces fueron ahogadas en la narrativa “estatista”. E igualmente muestra la postura realista, que tuvo diversas corrientes y mutó según las circunstancias, llegando incluso a afirmar que no fue antagónica con el liberalismo y más bien estuvieron en diálogo. Sin duda, el liberalismo gaditano sostiene parte de estas afirmaciones, pues este no implicó una ofensiva contra las tierras de comunales indígenas,

HISTORIA		RESEÑAS
<p>pero el texto de Echeverri no brinda mayores pistas de tal relación.</p> <p>No obstante, es necesario señalar varias imprecisiones de la autora, que considero se deben al esquema interpretativo del libro. Por ejemplo, si bien es cierto que el movimiento de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca fue un proyecto elitista, autonomista y esclavista, la reacción de esta alianza contra el gobernador de Popayán, Miguel Tacón, en 1811, no fue por la movilización de indios y esclavos por parte de los realistas, sino porque el funcionario se preparaba para invadir el valle geográfico y avanzar a Santafé, con el fin de acabar la junta de aquella ciudad. Además, la trama construida a partir de unos casos judiciales, junto con una visión de la esclavitud en términos antagónicos de amos y esclavos, sin negociación salvo con las autoridades coloniales, le sirve como prueba para explicar por qué desembocaron en el realismo. Pero su tesis sobre la mina de Marcos Cortés desconoce estudios que señalan la existencia de acuerdos entre amos y esclavizados, en los que los últimos obtenían concesiones como días libres para dedicarse a labores de su propio beneficio, un ejemplo claro de que el llamado pacto colonial no se circunscribió a las autoridades y subalternos, sino que tuvo diversos matices. También pasa por alto los centenares de juicios que hubo antes de 1750, en los cuales los jueces fallan a favor de los afrodescendientes; por lo tanto, no fueron las innovaciones borbónicas las que buscaron dotar de derechos a los esclavizados, como la autora lo afirma.</p> <p>De hecho, una idea que Echeverri no desarrolló cabalmente, en el caso de los afrodescendientes, fue que los esclavizados concibieron su libertad en términos de autonomía económica, política y militar. Idea que cuestiona una interpretación corriente entre los historiadores, quienes afirman que los esclavos lucharon por su <i>libertad</i>, pero dejan sin contenido esta palabra al asumirla de forma esencialista, sin significarla en su contexto histórico ¿Qué era ser libre a inicios del siglo XIX? Es una pregunta para la cual, sin duda, se debe hallar la respuesta describiendo la cotidianidad de esos mundos sociales, tan ajenos hoy a nosotros, al estar modelados por una visión corporativa de la sociedad.</p>	<p>Finalmente, si bien cuestiona la idea del clero como promotor de la movilización de las comunidades indias de Pasto a favor del rey, creo que el factor religioso no se debe soslayar, pues es necesario recordar que durante esa época la construcción del otro, el enemigo, se hizo bajo los lineamientos de una idea de guerra santa o cruzada contra el hereje. Un horizonte de sentido que se expresó en la Independencia y a lo largo de las confrontaciones civiles del siglo XIX, en Colombia y Latinoamérica.</p> <p>En todo caso, e independientemente de lo señalado, el libro de Marcela Echeverri es un texto sugerente. Su trabajo demuestra la necesidad de seguir estudiando el tema y lo complejo que fue el proceso de Independencia en Colombia, al cuestionar aquella idea peregrina que aún ronda en varios intelectuales y académicos que de manera tajante afirman: con la Independencia no pasó nada. Todo lo contrario, pasó, y pasó mucho, lo que sucede es que no lo hemos relatado.</p> <p style="text-align: center;">Luis Ervin Prado Arellano Docente titular Departamento de Historia Universidad del Cauca</p>	